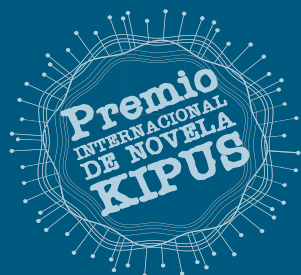


José Guerrero Vara



Segunda Versión
2016

LOS DOS SOMBREROS DEL GALLEGO



Grupo Editorial
Kipus

1. Todos los consejos

Lo primero que le advirtieron fue que no hablara de política. Era un consejo fácil de cumplir porque poca o ninguna idea tenía Francisco González de las complejidades que para Bolivia entrañaban los recientes debates sobre la Constituyente, la función social de la empresa privada, el cinco por ciento de los hidrocarburos, o el papel a representar por las comunidades indígenas campesinas en la construcción de un futuro nacional. Por supuesto que, si vamos al caso, tampoco había estado nunca muy enterado de los entresijos de la política española. Votaba en cada una de las elecciones generales, autonómicas y municipales, votaba también en las juntas de vecinos del bloque de apartamentos en el que vivía, votaba sin cuestionarse demasiado sobre el significado profundo de su papeleta o su mano alzada. Era un representante de la ciudadanía media en ese nivel tan difícil de cuantificar que es el compromiso. Más bien moderado en sus ideas políticas que es como decir tibio o como decir, de una forma neutral, demócrata. Se consideraba de izquierdas, al estilo de quien hincha sin fanatismo por un equipo de fútbol: interesándose por los resultados en la prensa del lunes, pero sin acudir a la cancha los domingos y sin hundirse miserablemente en las derrotas. Su familia era socialista por tradición, desde los ya lejanos tiempos de chaqueta de pana y coderas, de manifestaciones anti OTAN y de marxismo-leninismo latente. Cuentan que, en los tiempos en los que el dictador agonizaba obstinadamente aferrado a su misión de dirigir la reserva moral de Occidente, era difícil no ser joven y socialista. Los padres de Francisco, como los de tantos otros, habían corrido delante de los grises¹ y habían entonado, con algunos años de retraso, las canciones hippies que hablaban de libertad, de caballos galopando y de un dragón mágico llamado Puff presumiblemente fumado. Muchos de los que apenas unos meses antes se reunían brazo alzado en la Plaza de Oriente para jurar lealtad eterna al régimen se dejaron pelo largo, empezaron a parlotear del proletariado y de la lucha de clases. A partir de ahí, se aceleró la historia con el progresivo cumplimiento de años de los bebés nacidos en el baby-boom

¹ Durante la última etapa de la dictadura española, la de un Franco zombi mantenido con vida mediante las artes de la nigromancia, correr delante de los grises (la policía armada) fue un deporte muy practicado entre los españoles progresistas, equivalente a emigrar o a bloquear carreteras en Bolivia.

de los 70. En apenas dos o tres décadas, gracias a la coyuntura internacional y a los fondos de cohesión europeos, los españoles habían avanzado hacia la moderación del nuevo socialismo centrista con políticas indistinguibles de la derecha, adaptado a los contextos de crisis global en el que hasta los rojos más recalcitrantes abogan por unas vallas más altas en Ceuta y Melilla, por una menor tolerancia para con los visados y los permisos de trabajo y una mayor vigilancia de aeropuertos, costas y alcantarillas. A Francisco le hubiera sido impensable votar por otro partido que no fuera el Partido Socialista Obrero Español. Pero más impensable aún era explicar la permanencia del adjetivo “obrero” en las siglas, los presupuestos del gobierno o la ideología concreta que los sustentaba con el valor omnívoro del euro.

Si queda demostrado que de política no andaba muy allá, de geografía controlaba lo justo. Antes de viajar, al menos, ya sabía situar con precisión a Bolivia en el mapa (algo de lo que eran incapaces casi el noventa y siete por ciento de sus compatriotas), allí un poco entre Brasil y Argentina, otro poco tocando con Perú. Por no hablar de Chile, que mejor no hables de Chile que escuece la sal marina en las heridas. Bolivia, al occidente del centro geográfico del Continente Sudamericano... ¿Cómo decía una de las entradas de su blog? Tierra de... ¿oportunidades empresariales? ¿de comienzos mercantiles en contextos inestables? Tierra de... tierra de “tierra” y punto. Una de las nociones más incomprensibles de la mitología boliviana era su dolorida y nostálgica mediterraneidad. ¿Bolivia una nación mediterránea? Incomprensible. Aunque etimológicamente su significado fuera correcto y adecuado, para un europeo de nivel medio la cultura mediterránea siempre implica en sí misma aceite de oliva, vino, italianos gesticulantes, españoles que comen paella y jamón serrano, algunos franceses prepotentes con excelentes quesos y quizá algunos griegos de esos antiguos con un montón de dioses y filósofos que se les fueron quedando en ruinas. Hasta se podría añadir a turcos y marroquíes en esa esencia de lo mediterráneo que viene asociada a un mar común algo sucio y a una forma de hablar entre todos a gritos, y que nada tiene que ver con estar rodeado de tierra por todas partes.

No hablar de política resultaba, por tanto, bastante fácil para él.

Lo segundo que le comentaron fue que se anduviera con mucho ojo con las mujeres bolivianas y, sobre todo, con las tarijeñas o *chapacas*, que más lindas que las otras puede que fueran, pero no por ello menos hábiles para cazar una

Visa. De hecho algunos fueron bastante específicos y hasta le recomendaron que se colocara un anillo de compromiso en el dedo, como quien lleva un antídoto visible (un amuleto, una cruz, tal vez una cabeza de ajo) contra las acechanzas de temibles vampiras chupa-plata. Nunca Francisco había pensado que una nacionalidad que compartía con José María Aznar y Manolo Escobar² podía estar tan internacionalmente cotizada. En cualquier caso, ese bienintencionado consejo también se lo podían haber ahorrado. Había imaginado verse obligado a huir de las garras (uñas de esmalte) de lascivas mestizas ligeras de ropa, a deslizarse a través del frotamiento de los pechos morenos contra su cuerpo, había pensado y repensado excusas y estrategias para zafarse del constante sobeteo y acoso femenino... pero ni una sola vez pudo ponerlas en práctica. No era un joven muy agraciado, eso era cierto; sus rasgos podrían calificarse de blandos, o sosos; aunque no estaba ni mucho menos gordo, tenía esa forma de reaccionar con dos o tres segundos de retraso social que asociamos a lo orondo. Alguna mujer había sospechado que le faltaba chispa; otras, con menos tacto, se lo habían comunicado directamente al rechazar la segunda cita. Nada bien se le daban las artes de seducción que se le presumen a todo compatriota del Tenorio, pero en las solitarias noches de hotel Francisco pensaba que al menos una “minita” podía haber tenido la consideración de ofrecérsele eróticamente hablando. Aunque fuera tan solo para poder rechazar de forma cortés y educada sus encantos de sirena hispanoamericana.

Nuestro protagonista había estado nueve años de novio con Almudena, su chica desde el instituto. El instituto de enseñanza secundaria es en España esa etapa cruel de colegio que lleva a los dieciséis o diecisiete años. Eternas mañanas aburridas de ciencias naturales o sociales, de lengua y matemáticas. El matón de turno te tiraba el almuerzo a la papelera y, si te hacías demasiado visible, si eras más débil o demostrabas ser demasiado inteligente (haciendo los deberes cada día, levantando la mano o meramente existiendo), entonces quizá no tuvieras tanta suerte de que solo fuera el sándwich. Para algunos el instituto era una cárcel inventada por torturadores expertos. Para otros un eterno patio de juego. Unos pocos aprendían algo al ritmo de los exámenes, ecuaciones de segundo grado y sintagmas verbales. Para la mayoría, además, se abría el alba de una nueva etapa inguinal, un florecimiento y un despertar (a veces

² Popular cantante español obsesionado con la delincuencia organizada para la sustracción de carros en horas intempestivas y los trabalenguas metafísicos (Porompom pón, poropo, porompom pero, peró). Es autor de letras tan profundamente filosóficas como “No me gusta que en los toros te pongas la minifalda”.

explosión) sexual... pero no para Francisco, que vivió la extraña represión de principios de la democracia. Por aquel entonces todo estaba más bien confuso, y aquellos que experimentaban con el mundo de las drogas y las bragas solían ser repetidores, eran más altos, fumaban, eran gente con chamarras de cuero (que llamaban allá “chupas”) y pelo batido a lo Bon Jovi, Billy Idol o George Michael mucho antes, claro, de que éste saliera del armario, cuando algunos despistados se creyeron que era un tipo duro.

En aquella época, con diecisiete años, alejado de la movida, Francisco se consideraba inmensamente afortunado al empezar con Almudena. Ella se sentaba a su lado en las clases de latín del Bachillerato de Letras. Algunas miradas en los pasillos, conversaciones de recreo. Empezó a acompañarla a casa. Hubo una fiesta. Se prendieron. Era la primera vez que besaba a una chica pero fingió que era un muchacho curtido en esos lances. Lo mismo le pasaría después con el sexo. Eso fue bastaaaaante tiempito después, cuando al fin logró estrenarse. Luego siguieron juntos en la Universidad. Él estudiaba empresariales, ella filología. Salían con amigos. Bailaban. Cuando los padres de uno de ellos se iban de fin de semana a la playa disponían de una cama. Paso a paso, iban creciendo y acomodándose. Se licenciaron. Francisco pertenecía a una generación entera de jóvenes con padres más o menos proletarios que colapsó las universidades y saturó el mercado de empleo de auxiliares administrativos. Un poco sin saber qué hacer, sin suficiente empuje monetario para matricularse en un máster en el extranjero, Francisco empezó a trabajar en el taller de chapa y pintura con su padre. Pero no valía para trabajar con las manos. Se compró coche de segunda mano. Después, con unos cuantos contactos y un curso impartido por el Instituto de Empleo, de Informática Aplicada a la Edición, consiguió un empleo estable como ayudante de maquetador para una revista de viajes.

Almudena había abandonado sus estudios mucho antes y se había convertido en jefa de planta en El Corte Inglés. Estaban por hipotecarse juntos y ya parecía que solo quedaba el paso de la boda, cuando ella decidió que no estaba enamorada. “Francisco” dijo, porque ella le llamaba Francisco, y no Paco, ni ningún otro diminutivo cariñoso “Francisco, que me voy, te dejo... no estoy enamorada”. Se había acabado. Definitivamente. Él contempló, con la actitud civilizada del calzonazos europeo estándar, cómo Almu armaba las maletas y se marchaba sin siquiera el consuelo de la discusión acalorada o del

portazo del melodrama barato. De nada sirvió que unos y otros trataran de convencerla de que eso del amor no conjuga muy bien con una relación larga y duradera, que a veces los hombres dejan algunos rastros de orina si no apuntan bien en el baño, que no escriben cartas de amor, que, en ocasiones, hablan de fútbol al llegar al orgasmo o se duermen incluso antes de llegar. Puede que hubiera otro. O que solo fuera el aburrimiento.

Le llegaron algunos rumores, claro; los amigos comunes siempre están atentos a los cotilleos que pueden hacer pupa, la vieron muy arreglada subiendo a un BMW de gama baja, la vieron caminando por la calle, la vieron en la panadería sin rastro de lágrimas. O en la sección de libros del centro comercial, comprando las máximas de vida feliz de Paulo Coelho. La vieron después en un bar con un compañero de trabajo, argentino para más señas, del departamento de trajes de hombre de los grandes almacenes. Ella sólo había dicho que ya no estaba enamorada, que se había acabado la chispa o la magia. Una vez más la chispa, como si todo el mundo de los sentimientos profundos, de la profunda pulsión que da ritmo al universo, no fuera en el fondo más que una especie de encendedor sin gas que ya no da fuego. Quizá ese otro fuera más alto, más guapo, más listo, más argentino. Francisco nunca se enteró del todo. Asistió a aquel drama como un espectador: no iba con él, no era su novia la que lo había dejado, la que ya no respondía a sus llamadas. Francisco apenas se percató del vuelco que había dado su vida hasta que los hechos estuvieron consumados. Por cómo todo había cambiado, por cómo le hablaban sus conocidos (con una mezcla de compasión y solidaridad), se acabó dando cuenta de que había sido abandonado.

Intentó fumar pero no iba con su personalidad. Lloraba a menudo y se quedaba con la mente en blanco, sin ganas de llevar a cabo ningún tipo de acción que pudiera implicar movimiento muscular. Sin embargo, una noche de sábado –una más sin otra compañía que la televisión por cable y una pizza recalentada– descubrió que los corazones humanos están hechos de un material blando más propenso a rebotar que a quebrarse, que en realidad el desamor tampoco es tan trascendental, que solo se estaba esforzando por interpretar el papel de doliente abandonado. Y a la mañana siguiente ya estaba viviendo su vida sin más planteos. Cuando le venían a contar de las hipotéticas andanzas de Almudena asentía sonriente. Era como si le hablaran de una conocida de otros tiempos. Alguien con quien ya no tenía nada que ver. Fue una resurrección

total. Estaba más alegre y más relajado. Había vuelto a la vida. Que fuera una vida más bien célibe no se debía a una férrea decisión personal de alejarse del bello sexo y sus lubricidades, ni a un odio visceral hacia las congéneres de Almudena, sino a su total incompetencia en ese terreno. Se tocaba solo y no demasiado a menudo. En Bolivia la cosa no había sido diferente... excepto porque tenía un menor acceso a Internet.

Al menos a su ruptura con Almu le podía agradecer sus nuevas ansias por conocer mundo. Por viajar. Alguno de sus amigos era redactor en la revista. Le recomendaron recorrer tierras lejanas. Y empezó a exprimir cada uno de sus días de vacaciones. Y a contarlo en Internet, como si al resto del mundo le interesara. Se llevaba el minúsculo ordenador portátil. Abrió un blog. Colgaba nuevas entradas constantemente. No le importaba demasiado quién pudiera leerlo, aunque mandó invitaciones a todos sus conocidos. El caso es que en sus desplazamientos observaba siempre más allá de lo superficial del viaje, más allá de las fotos, de las rutas, de los precios, más allá incluso de la situación político social del país que le acogía. Frente a los pintorescos y súper cools reporteros de los documentales de viajes que trataban de convencer al lector de que el mundo es un lugar acogedor e intrínsecamente positivo, Francisco tenía un sutil encanto para demostrar que viajar era, en el fondo, igual que quedarse en cualquier sitio. Toda la vergüenza y timidez con las que actuaba en la vida real se esfumaban al empezar a teclear, no quería demostrar nada, acaso que en todas partes del mundo el ser humano es en esencia bastante parecido, que en todas partes lo pasas mal, que si tienes almorranas no desaparecen en la China, que si eres tímido no te reconviertes de repente, en las playas de Madagascar, en un tipo sociable y popular. Sobre todo que no tienes que fingir que viajar es lo mejor del mundo.

El blog empezó a gustar. Cada vez recibía más visitas y eso animó a Francisco³. Como había estudiado empresariales su perspectiva empezaba siempre por un intento de revisar los datos económicos (un foco diferente que quizá resultaba atractivo para unos pocos lectores interesados en los negocios turístico-culturales), pero otros puntos de vista se le acababan comiendo casi por entero las crónicas y mezclaba datos bursátiles con miradas de mujeres a las que nunca se atrevía a hablar. Producto interior bruto con descripciones de tipos interesantes, artistas, músicos de jazz, mendigos con los que no había

³ Bien es cierto que batió récords cuando en la entrada titulada *"Por no hablar de los mosquitos"* olvidó el espacio entre la preposición y el adverbio de negación, con lo que durante mucho tiempo los buscadores lo marcaban con la etiqueta de "porno de mosquitos".

intercambiado ni una palabra pero que seguro que tenían grandes filosofías que exponer. Es decir, que hablaba básicamente de lo que no había experimentado y de lo que había vivido y le gustaría haber evitado. Curiosamente, lo que más parecía hacer disfrutar a sus lectores, eran los innumerables problemas burocráticos que acababa padeciendo. En cada aeropuerto, en cada trámite, en cada gestión... Francisco parecía tener un imán para las situaciones engorrosas y absurdas con el funcionariado.

Mucha más gente de la que se piensa odia viajar. Aunque acceda a blogs temáticos.

Francisco empleaba sus dos meses de vacaciones en sus “viajes por el mundo”. El resto del tiempo se dedicaba a quejarse sobre ellos o a preparar el siguiente. Habían pasado ya tres años y medio en ese mismo ritmo de vida que separaba tajantemente vacaciones y laburo. Con solo cuatro o cinco largos viajes a sus espaldas tampoco podía imaginarse que era un osado nómada pero se apreciaba más a sí mismo que antes, cuando solo esperaba. Por eso, aunque constantemente se demostraba que no estaba hecho para la vida trashumante, que era un hombre más dado a la rutina que a la aventura, se obligó a aprovechar las ocasiones que se le presentaban, diciéndose una y otra vez que la vida no se hacía dejando pasar los años. Que la vida era para valientes. Para emprendedores. Para tipos que no eran argentinos trabajando en la sección de trajes de caballero de unos grandes almacenes. La extensa Bolivia y el camino ascendente hacia Tajzara tenían que ver de una forma tangencial con su manera de lanzarse hacia esas oportunidades que se supone pintan casi calvas para que puedas agarrarlas justo por los únicos pelos que ondean al viento.

En fin, que aunque se lo habían dado con muy buena voluntad, ese sabio segundo consejo de que se anduviera con ojo con las mujeres, quedaba un tanto fuera de contexto. Como tantos de los hombres criados sin más modelos varoniles que Enrique y Beto⁴ no sabía resolver temas de faldas. Podría decirse que, a excepción de un par de torpes y modestos escarceos, la falta de rodaje y el desuso le habían devuelto a una virginidad nunca deseada de tal forma que debía descartucharse de nuevo.

Antes de partir le habían regalado una tercera gran admonición, en este caso de índole más o menos higiénica pues concernía a los sanitarios. Se trataba

⁴ Epi y Blas para los gallegos, Ernie y Bert para los gringos, que Plaza Sésamo es un lugar multicultural en el que todos son admitidos... menos los musulmanes. Los muñecos con turbante, tan peludos, tan llenos de felpa siempre son sospechosos de ser miembros de Al Qaeda.

de la conducta correcta que un ser civilizado pone en práctica en el uso del inodoro: “no debes arrojar el papel al wáter” le dijeron “después de limpiarte, ya sabes...” Le dijeron que siempre encontraría a mano un cubo comúnmente llamado basurero del que debía hacer un uso adecuado. Toda la población estaba unida en el acto cotidiano de botar el papel con el que se habían limpiado el culo en ese “basurero” situado misericordiosamente cerca del trono. ¿Una explicación racional? Parece que la fuerza de absorción de los retretes (vaya usted a saber si por las tuberías, o por la altitud o por culpa de Evo Morales) deja mucho que desear en Bolivia pues se caracteriza por ser bastante reducida. Vamos, que comparadas con las voraces tazas de wáter europeas, eran tazas puritanas y remilgadas que no siempre se lo tragaban todo.

Pero, ¿cómo atenerse a esa estricta regla si la diarrea le atacó desde casi el primer día que aterrizó en La Paz? Algunos lo llaman la Venganza de Moctezuma y Atahualpa, la revancha, quinientos años después de los virus indígenas sobre los desprevénidos descendientes de Hernán Cortés y el resto de los barbudos. El peaje estomacal que deben pagar los nietos de los conquistadores al visitar el continente americano.

A Francisco le costó una vergonzosa inundación darse cuenta de que incumplir ese sagrado tercer mandamiento podía tener graves consecuencias. De hecho, acabó cambiando de hotel solo para no tener que soportar las miradas burlonas que imaginaba le dirigían los recepcionistas, las camareras y las limpiadoras. Tarjeta de crédito en mano, pagó rápido y buscó un nuevo alojamiento. Cualquier cosa antes de explicar, por qué el piso del cuarto de baño tenía dos centímetros de agua negruzca y, sobre todo, por qué peregrina razón no se le había ocurrido avisar a alguien antes de seguir tirando como un poseso de la cadena.

Desde entonces se había convertido en un estudioso de los movimientos del agua, de los remolinos inversos, que trazaba en su descenso a las alcantarillas. Las pastillas astringentes le habían cortado el flujo marronáceo, pero con la progresiva solidificación de sus deposiciones pronto se le planteó otro problema no previsto y es que, al defecar como un híbrido mitológico de oveja y gusano, en hilos y bolitas, un cerote rebelde siempre se negaba a obedecer la sacrosanta ley de la gravedad y quedaba flotando insumergible en su piscina particular. No importaba cuántas persuasivas cascadas trataran de convencerlo para seguir su ciclo natural hacia el Choqueyapu, la olorosa

serpentina parecía reírse de su creador y reclamar una identidad propia con autonomía plena.

Justo cuando el atribulado Francisco había optado por hacer sus necesidades en el mundo exterior para no revivir la vergüenza de sentirse reconocido y señalado en los establecimientos hoteleros realizó otro perturbador descubrimiento: que algunos locales, incluidas algunas de las cafeterías más elegantes, solo tenían un único servicio compartido por hombres y mujeres. Por supuesto que averiguaría el secreto de ese prodigioso avance en las políticas de igualdad sexual en el momento más inoportuno. Eso fue demasiado para su mentalidad primermundista, pues tendría lugar uno de esos acontecimientos que uno se esfuerza y se esfuerza por borrar de la memoria sin conseguirlo del todo, pues las humillaciones anidan hondo en la corteza cerebral. Allí dentro, en el excusado, donde se supone que se realizan actos íntimos y privados, donde el tiempo debería detenerse, donde relajarse y dilatarse deberían ser todo uno en una fusión cósmica, Francisco se esforzaba en evacuar. Ya que no había testigos, él mismo podría asegurarles que no era tarea fácil. Apretaba los dientes y encogía los hombros, recogiendo el aliento y soltándolo de golpe como una embarazada en trance de parto. Entre resoplidos y retortijones luchaba por mantener en equilibrio los muslos a varios centímetros de la cerámica y proyectaba la cabeza hacia delante para ejercer su función de contrapeso, cuando, de repente, le llegó desde el otro lado de la puerta una dulce y armoniosa voz femenina... “Perdone, ¿será que se va a demorar mucho?” Con reflejos felinos Francisco se lanzó a asegurar el pestillo de la puerta y se aferró al pomo para no caer al enredársele los tobillos a los pantalones. “¡No!, no... salgo ahora mismito” respondió él, tan sorprendido de lo rápida y falsa que había sido su respuesta en un momento tan delicado, como de lo pronto que se le había pegado el diminutivo al habla. Luego pensaría si no estaría intentando, o deseando, ser otra persona. No era él, Francisco González, el que había sido sorprendido en uno de los actos más ridículos de la condición humana, en ese momento de especial indefensión al hacer lo que otro no pudiera hacer por él. No era él el que estaba atrapado, el poto al aire, cagando en un baño de bar.

Retrocedió a saltitos hasta su posición inicial y enfiló sus cuartos traseros para, con un último esfuerzo, acabar de vaciarse en el lugar apropiado. Sin duda hubiera sentido la plenitud de sentirse libre y ligero de nuevo si no hubiera sido porque volvieron a tocar la puerta. Esta vez de una forma casi agresiva.

No había duda de que la mujer seguía ahí fuera. Sin saber por qué, Francisco la imaginaba dolorosa e irresistiblemente hermosa. ¿Cuánto tiempo llevaba en aquel baño? Lo mismo podían ser minutos que siglos. Se limpió cuidadosamente la línea central que separaba entrambas posaderas y, después de subirse los pantalones y amarrarse el cinturón, cumplió el tercer mandamiento. Agarró la cadena. Ya sólo quedaba rezar...pero como tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia de la humanidad, Francisco González oró en vano. Quizá por una vez Dios estaba atendiendo las plegarias de verdad urgentes en algún otro lejano rincón del globo terráqueo, porque el agua no se llevó ni la guinda del pastel. Por más que esperó a que se llenara la cisterna y volvió a soltar el agua varias veces no consiguió ningún resultado efectivo. Excepto marear al molesto invitado.

Y la chica seguiría allí, esperando su turno. No se le ocurrió que muy probablemente nunca la volvería a ver, que jamás tendría que enfrentarse a un reproche o a un mal gesto, que nunca le señalaría con el dedo. No pensó que apenas les daría tiempo de cruzar una mirada, menos aún para retener los rasgos del otro. La sensación de vergüenza se apoderaba de él, retrotrayéndole a etapas más complicadas de la primera adolescencia. No. No podía salir y dejar que ella entrara y viera y pensara... Ay, Dios, lo que podría pensar. Un nuevo intento con la cadena consiguió un éxito relativo que le infundió algunas esperanzas, aunque todavía quedaba allá abajo una semi-esfera de apreciables dimensiones. Como una albondiguilla de carne o una huminta bien compacta. Francisco tomó una decisión. Enfrentado a un dilema ético y moral hizo lo único que podía hacer: usó la escobilla del wáter como tenedor o cuchara y con ella fue izando a su adversario poquito a poco hasta que estuvo a su alcance fuera del agua, y entonces, con un pedazo de papel higiénico, lo tomó con dos dedos y fue momificando el último producto visible de su tracto intestinal. Trataba de no presionar demasiado a la hora de envolverlo y, aunque notaba la blandura caliente del relleno, se decía que no era nada demasiado diferente a recoger una caca de perro en el parque Príncipe Pío de Madrid. Contra el olor nada podría hacer, si la mujer del otro lado tenía nariz lo iba a notar pero de algún modo había salvado su dignidad. Cuando terminó, casi en un gesto de victoria, lo arrojó al basurero y, tras lavarse las manos, abrió triunfalmente la puerta.

No había nadie fuera.

Sin duda que no es precisamente la anécdota de viaje que aparece en las crónicas de los viajeros enrollados de la Lonely Planet, no es la historia que uno desea contar a los amigos al regreso. Más bien es el tipo de estigma que un hombre intenta olvidar cuanto antes y camuflarlo con los varios cientos de fotos de paisajes repetidos de la cámara digital. Francisco lo consiguió de una forma bastante rápida y, teniendo en cuenta los antecedentes, bastante aséptica. Sin embargo, a partir de entonces, tuvo una relación gastronómicamente conflictiva con las humintas.

Nunca olvidaría por tanto la tercera regla. Y empezó a mirar al basurero, que antaño le parecía tan poco higiénico, como a un aliado frente a la digestión imperfecta y otros absurdos de la vida.

Como dicen que no hay dos sin tres y que la cuarta no está nunca demasiado lejos, pronto llegó una advertencia más. Era la que algunos gurús del buenrrollismo y la armonía recomendaban alegremente antes de cada viaje al extranjero “debes mantener la mente abierta” o bien “cada viaje es una puerta abierta al corazón del mundo”, lo que demuestra que desde que el aforismo y la frase que cabe se hacen pasar por alta filosofía todos somos sabios y nos permitimos ilustrar a nuestros amigos y familiares con ciento cuarenta caracteres. Pensaba Francisco, que quizá habría que revisar de forma concienzuda la idea de que a la gente, la gran masa, el pueblo, le encanta viajar. De que el turismo es un vehículo de interconexión entre países, habitantes y horizontes. Según esta opinión generalizada quienes parten a buscar otras orillas y conocer otros mundos, pronto dejan de tener muchos de los prejuicios que antes maniataban su conciencia, y, claro, luego regresan con el idealismo por bandera afirmando que en otros rincones del mundo hay, sí, más extranjeros, pero que son como más lindos y más coherentes con el ambiente, y que aquel lugar lleno de cucarachas que, mientras dormías intentaban introducirse en orejas ajenas para depositar sus huevos, era más bien pintoresco⁵, como muy propio de aquella gente.

Habría que empezar a destapar la gran mentira de que moverse lejos no es arrastrar con nosotros a los mismos demonios que nos aprietan la garganta en el hogar. Huidas falsas, escapadas inútiles y tristes regresos cargados de

⁵ Lo pintoresco se convierte en una categoría estética plurifuncional que puede usarse con tanta propiedad para describir las mínimas y delicadas maravillas de la creación como la curiosa colección de cabezas reducidas por los jíbaros que un excéntrico millonario pega con esparadrapo en el filo de su televisor de plasma. Es tan pintoresco el cortejo del macho salido y borracho del boliche caribeño como la mordedura de la mamba negra que te conducirá a la muerte.

maletas, cuando los matrimonios impostan la sonrisa aunque piensen en los papeles del divorcio.

Lejos tampoco se encuentra una alternativa. A cada paso descubrimos lo indiferenciado de las personas, lo mucho que nosotros mismos nos alejamos de cómo queremos ser y que, con la globalización, no es difícil encontrarse demasiado cerca de casa en todas partes. Y a la vez siempre demasiado lejano del lugar en que se está. No es que Francisco estuviera en contra del ideal generalizado de las vacaciones utópicas, ese en el que la “verdadera vida” se experimenta unos pocos días al año con la liberación del alma del cascarón de la rutina, sino que no estaba demasiado convencido de que fuera tan fácil eclosionar y romper el huevo desde dentro. El hecho de que la estructura del veraneo -con sus excursiones programadas, el alquiler de vehículos, casas o habitaciones de hotel, la sucesión de selfies, la compra de regalos para los que no viajaron y un sinnúmero de actividades repetidas- acabara revelándose demasiado parecida a la de los días laborables, no hacía sino reforzarle en su opinión. Quizá no sea sencillo sustraerse del todo a la lógica propia del mundo del trabajo. Quizá amemos con pasión las cadenas que nos atan a la realidad. Quizá hasta suframos con los viajes y solo disfrutemos los regresos. ¿Por qué, entonces, viajaba un hombre tan poco dotado para la aventura como Francisco? Tenía un cuerpo bastante vulnerable a los pequeños trastornos de la irregularidad y una mente poco preparada para salir del proverbial provincianismo de los barrios populosos de Madrid, elementos que no eran el mejor equipaje para hacer frente a las novedades que conlleva la pernoctación fuera del hogar. Para nada esperaba encontrar una revelación cultural en las tradiciones y costumbres de otros pueblos; no quería volver con la gran ganga artesanal, ni probar platos exóticos en el turismo gastronómico de la guía Michelin. Si se lo preguntaban, reconocía que no disfrutaba conociendo lugareños, casi entraba en pánico al perderse callejeando por vías ajenas, no soportaba las incomodidades del tercer mundo, se sentía ajeno y superior, pero a la vez tampoco quería que le reconocieran como turista, que lo etiquetaran, con su mapa y su biblia-libro de instrucciones para visitar una ciudad. No era, de eso estaba seguro, uno de esos adoradores de los sellos del pasaporte que basan su autoestima en la colección completa de tampones fronterizos. Ni de los que consideran cada viaje exótico un móvil para ser envidiados por su repertorio de experiencias vitales. Él mismo no encontraba la respuesta pero

empezaba a pensar que se trataba del esfuerzo. Era la única lucha que había mantenido contra sí mismo, excepto cuando de pequeño quiso entrar a jugar en el equipo de fútbol del colegio a pesar de ser el más negado de todos los enanos de diez años. Con una gran diferencia, esta vez había conseguido cumplir la semántica completa del verbo “viajar” y nunca, en cambio, logró meter un gol o diferenciar su pierna izquierda de la derecha.

Puede que un psicólogo hubiera aportado, además, algunos comentarios acerca de los elementos subyacentes en las ganas de huir, de cambiar de vida, en lo que podía representar esa lejana Almudena en la que seguía pensando en cada nuevo país que visitaba. “Almu no me hubiera imaginado nunca aquí...” Ese “aquí” podía ser Laos, la Guayana Francesa o el Tíbet. Se puede decir que era un “aquí” móvil e intrínsecamente relativo. Ella nunca... ella no... Quizá solo por esa vaga sensación de revancha se enfrentaba Francisco a los viajes (sin estar preparado para viajar) y escribía un blog (sin estar formado para escribir). Pero casi todo era secundario, solo la lucha, en abstracto, era lo importante: era cierto que no estaba hecho para viajar pero tampoco se resignaba fácilmente. Una vez le sugirieron visitar Bangkok y aceptó: fue un desastre. Se entrevistó con algunos empresarios españoles que le contaron sus experiencias, redactó varios artículos... pero todo el maldito viaje estuvo pensando que algún chino loco iba a meterle un fardo de cocaína en la maleta y que tendría que pasar media vida encerrado en la hacinada celda de una cárcel tailandesa. El caso es que, aún con todo el sufrimiento subterráneo, regresó sabiéndose ganador en un combate en el que su adversario ni siquiera sabía que lo era. Almudena vivía tranquila, casada, con un crío de dos años y un chalet en la playa. Ya lo había olvidado.

La lucha seguía, sin embargo. Francisco había decidido, eso sí, no pisar tierra demasiado extranjera, lo que descartaba África, Asia y... la isla de los canguros, esa que pretende disfrazarse de continente. Quedaba Europa. Pero la extinción de las fronteras y el euro común le robaban toda clase de exotismo a la Torre Eiffel o al coliseo de Roma, fondos comunes de cualquier postal de Photoshop. Europa era ya sinónimo de normalidad. En cambio, a pesar de sus problemas estomacales, le atraía Hispanoamérica. No solo por las facilidades de compartir idioma y el favorecedor cambio de divisas. Podía sentirse bastante cómodo por allá, como si se sintiera reconocido en lo íntimo, y a la vez extrañarse de ciertas complejidades autóctonas. ¿Era eso tener la mente abierta? Al menos

era un pacto entre dos extremos irreconciliables, inacción y movimiento, extrañeza y normalidad. Lo vivido durante sus pequeños o grandes viajes le alimentaba en su rutina posterior y ampliaba al blog. Las vacaciones implican en sí mismas el regreso... nunca había pensado en instalarse hasta que alguien pronunció la palabra Tajzara.

Había una más. Una quinta y última norma, que, en cambio, se planteaba imposible de cumplir. En sus contactos, a título particular, algunos eruditos de la investigación económica –empleados de tercera de las empresas de telecomunicaciones, bancos y entidades asociadas a la Repsol- le habían ofrecido contundentes argumentos contra la mera idea de arriesgar dinero en Bolivia en tiempos de crisis globalizada. “No es el momento”, decían, a pesar de que los dividendos de sus multinacionales sorteaban la amenaza de nacionalización y seguían creciendo, pero claro “no es el momento... para los peces pequeños”. El país era demasiado inestable, los analistas lo situaban en la cuerda floja política y social, y las perspectivas no se vislumbraban demasiado propicias para la inversión extranjera. Le aconsejaban esperar a que se asentaran los tiempos del cambio o del recambio y del proceso o el retroceso. Francisco había llegado a oír hablar de una refundación... puede que le fueran a dar otro nombre a las cosas, aunque ya bastante la semántica está dada la vuelta: “abuenarse” es hacer las paces, “caima” es insulso, sin sal, “no me cachas” no te enteras, “estar camote” estar enamorado, “gallego”, como en casi toda Latinoamérica, es genéricamente un español, “trancadera” atasco y a saber qué es lo que significa “calancho”. El caso es que si hubiera cumplido con el quinto mandamiento no hubiera dejado su trabajo y no estaría viajando hacia los lagos de Tajzara y ni siquiera habría aterrizado en el aeropuerto de El Alto un par de meses atrás.

A veces se preguntaba si se había enamorado de Bolivia. Pero lo hacía con distancia, pretendía ser objetivo, como cuando analizaba los parámetros económicos de los pequeños empresarios de Senegal, como cuando se interesaba por la renta per capita de Rumanía o cuando se preguntaba si alguna vez había querido de verdad a Almudena.

Iba a arriesgarse. A invertir su dinero.

El dinero nunca había sido una de las grandes preocupaciones de Francisco. Por un lado porque los ahorros que se le iban agotando en las diferentes escapadas veraniegas eran repuestos con el duro trabajo del resto del año; por otro porque con la venta del piso y la liquidación de bienes

preconyugales disponía de más de ciento veinte mil euros en el banco. Sus padres, aunque obreros, nunca habían tenido problemas de dinero y le habían dejado, además, un fondo fiduciario interesante. Como además su conciencia práctica no consentía excesos inmoderados y no tenía ni mujer ni hijos, intuía que no moriría en la pobreza. Era ahorrativo por nacimiento, pero quería pensar, cuando economizaba en los céntimos de la compra semanal, que no era por tacañería acumulativa sino para rentabilizar el futuro al ser capaz de aplicar sus recursos financieros productivamente en una inversión... A veces, todavía pensaba en términos de Licenciado en Empresariales.

Iba a emprender en Bolivia.

Y no era el único. No estaba tan loco. Las agencias de viajes, sobre todo las vinculadas a las grandes cadenas de restauración como Sol Meliá, siempre tienen en mente la idea de abrir mercados, de explorar vías y analizar nuevos destinos entablando contactos previos. Numerosas empresas y colectivos están deseosos de lanzar sus tentáculos de tanteo turístico sobre ciertos países considerados tradicionalmente subdesarrollados. La demanda crece y es alimentada constantemente con los despojos de la desigualdad económica mundial. Hasta el amargor que deja en la boca la palabra "turismo" podía ser solapado bajo el concepto un tanto hipócrita de "turismo solidario". O ese otro nombre moderno y vital de "turismo de aventura". Si usted, señor europeo de clase media, también está aburrido de las vacaciones de siempre o atraviesa una crisis existencial le conviene buscar algo diferente: dormir con hipopótamos en Zambia, construir su propio iglú en Groenlandia, nadar entre tiburones en las Maldivas o ser atacado por guerrillas talibanes en Afganistán, como cualquier marine yanqui. Dosis interesantes de adrenalina. O mejor solidaridad, vegetarianismo y compromiso con el medio ambiente. Recuperemos tortugas marinas en Costa Rica mientras surfeamos las olas o pastoreemos camélidos en alguna estepa caucásica trasegando vodka y caviar barato. ¿Y por qué no organizar encuentros de solteros miopes diabéticos que buscan pareja compatible? Algo de todo eso también podía ofrecer Bolivia. Si se quiere descanso, paisajes y escaso desgaste económico ¡la tierra de Evo y de la llama es la alternativa perfecta! Todo cabe en la gran Bolivia excepto quizá el turismo rosa que busca el ambiente gay.

"Bolivia tiene una gran variedad de recursos que, unidos a su diversidad geográfica, cultural y climatológica, lo hacen un lugar interesante para

invertir. Las potencialidades que ofrece el país permiten pensar en amplias posibilidades de crear emprendimientos exitosos en el sector del turismo, con productos y servicios que podrían competir en mercados internacionales. La nueva ola de ecoturismo, turismo cultural y etnoturismo a bajos precios ofrece un gran potencial que aún no ha sido explotado en su real magnitud: restos arqueológicos de lo que fueron ciudades incaicas, turismo de aventura, pesca organizada, folclore y costumbres tradicionales”.

Se repetía a sí mismo ese párrafo estandarizado e introductorio de su blog como un mantra con el cual justificar el absurdo de su decisión. El internauta ocioso se había interesado repentinamente por el país andino, por su intento de renovación social indígena o por la chompa lanuda del presidente⁶. Francisco había aprovechado los niveles de conflictividad social y los había reflejado en unas estadísticas y en gráficos de colores de esos que no lee nadie. Había trazado el análisis del potencial de integración económica y turística con el NOA y con el Cono Sur, las posibilidades de absorber un cierto tipo de clientela europea y las dificultades en la creación de un mercado de turismo interno para una economía que, a pesar de los pesares, crece.

Francisco, en su nueva etapa pos-corazón roto, no se imaginaba precisamente como una especie de aventurero idílico y vigoroso, solo como un hombre en lucha contra condicionantes negativos. Un poco como los cojos que desean competir en las olimpiadas. Nunca, hasta entonces, había imaginado que iba a interiorizar esa imagen simbólica de la pelea hasta tal punto de poner sus propios ahorros encima de la mesa. Ni que la batalla definitiva sería dejar de viajar. Elegir el lugar dónde quedarse.

Tajzara.

Inestable o no Bolivia era terreno virgen para cualquier operador ambicioso con capacidad de planificar cierto tipo de viajes. El sustantivo turismo se conjuga mejor cuando le añadimos un par de adjetivos hermanados: económico y exótico. Bolivia es, según los datos de los organismos internacionales, el país del cono sur dónde más barata es la vida y en cuanto al exotismo, lo garantizaba el colorido local de una oleada expansiva de autoafirmación quechua y aymara. Un movimiento incontenible de reivindicación indigenista que afectaba a lo político sindical pero también a los símbolos cotidianos del día a

6 Más bien, claro está, por las bolsas de petróleo y el gas, pero hablar de cualquier prenda de abrigo resulta siempre más digno que hablar de las reservas de hidrocarburos.

día. Siempre era más fácil vender un pintoresco y colorido mundo de wiphalas y polleras antes que una desvaída y gris imitación de las ciudades europeas o norteamericanas. Estampas de ponchos, chullos y bombines, de trenzas, abarcas de caucho, narices achatadas, de mantas, de polleras superpuestas o tipoí con volados a lo camba. Y alguna corbata, por qué no, de contrapunto. Hasta los autonomistas blancos acababan sacando sus propios trajes y canciones y bailes regionales para oponerse unos a otros. El colorido se metía también a través de los orificios nasales, olores de todo tipo que permanecen mucho después de ser respirados y en las papilas gustativas heridas constantemente por la llajua.

Una variada tipología de turistas europeos está deseosa de acceder a experiencias puras y autóctonas. Quieren mascar acullicu y quedarse con los dientes verdes de coca mientras escupen al estilo de un western barato. Quieren que sus niños tengan una foto cabalgando sobre el lomo de una llama. Quieren colocarse sus llojke en el tobillo, los amuletos de hilo de color blanco y negro, que les deben proteger de quien sabe qué capitalismos salvajes. Quieren comprar una anécdota. Quieren leyendas. Y nada les importan las incertidumbres de los “grandes momentos históricos”. Bolivia es un reto en sí misma que exige unas ciertas ganas de sufrir. Sus caminos de cornisa, el paupérrimo estado de la flota de buses de larga distancia, los usuales bloqueos de caminos, la lentitud parsimoniosa de los meseros y las mozas, un sistema energético desastroso, las inclemencias del tiempo... pero mientras sea barato y pueda ofrecerles una diferencia con sus vidas cotidianas estarán dispuestos a viajar. La ventaja de los países en vías de desarrollo⁷ es que toda incomodidad puede ser descrita como folclore.

Algunos prefieren considerarse viajeros y no turistas, aunque el diccionario de sinónimos los contradiga. Para estos creadores de etiquetas que dividen al mundo según su situación moral respecto a los dos lados de una frontera, los viajeros son aquellos que poseen las competencias lingüísticas, culturales o históricas suficientes para colaborar en la construcción del sentido de su propia actividad, son los cultos, los superiores, los humanistas, son mochileros, aventureros y exploradores, son los pioneros, descubridores de

⁷ Desde que la denominación Tercer Mundo, acuñada por el economista francés Alfred Sauvy en 1952, cayó en desuso por la eliminación del Segundo y la omnipresencia del Primero, se impusieron denominaciones como “país en vías de desarrollo” o “país emergente”, que hacen pensar en si habrá naciones en vías de atraso o países sumergentes.

destinos desconocidos y tierras vírgenes. Aspiran a compartir y a empaparse de la otredad mientras pasan desapercibidos al mimetizarse con la cultura y sus actores sociales; en cambio, los turistas, viles esclavos de los tour-operadores, son las ovejas del rebaño del todo-incluido, de la pulserita de colores, los gringos disfrazados, los portadores de riñoneras de colores, son los abanderados del consumo, los propagadores del capitalismo, son los emisarios de la MasterCard. Las agencias cuadriculan el globo para ellos, se lo dividen en recorridos, estadías, y rutas organizadas. Ficcionalizan al mundo y lo venden en paquete, mientras convierten a unos en espectadores y a otros en espectáculo. Si el explorador se mueve hacia los riesgos, el turista va hacia la seguridad del puro cliché.

Pintoresco o insoportable, turista o viajero. Como puta y ramera, entre el sinónimo y el eufemismo. Francisco, sin malicia y sin pensarlo mucho, leía a través de la máscara y la hipocresía, no hacía distinción entre unos y otros, era consciente de que, a los ojos del lugareño, uno y otro se confunden, y apenas se distinguen por la forma de cargar el equipaje. Entre los viajeros existen diversas caretas, quién sabe si alguna auténtica. Alguno desea sentirse osado Indiana Jones en esas aventuras en las que ni él mismo sabe muy bien si los indígenas en taparrabos que le atacan con cerbatanas son mexicanos o peruanos o egipcios; para él lo importante es la instantánea; un hombre vestido de Pancho Villa puede hablar quechua en pleno Amazonas, montado en su camello mientras quede bien en cámara. Hay excursionistas antiglobalización que, con la excusa de perseguir a los poderosos y boicotear las cumbres del G8, aprovechan para conocer mundo a precios de saldo, mientras se liberan de sus aburridas ocupaciones como funcionarios. Hasta hay quienes optan por disfrazarse de inocentes antropólogos a la Levy Strauss, investigando culturas remotas y distantes, admirando la aparente irracionalidad de los comportamientos ajenos. Todos ellos están en su derecho de fingir, de intentar alejarse del *deja-vu* cotidiano. Pero, si lo que buscan es la autenticidad en experiencias tales como grabar con el móvil el momento en el que un faquir levanta cinco kilos con el pene o si aspiran a ser místicamente invitados a la danza sufí de los derviches, a comer escorpiones caramelizados en un puesto de la calle Wanfujing de China o a acariciarle el colmillo a un cocodrilo, sufrirán un gran desengaño: nada que pueda ser tasado es del todo auténtico. Los turistas son más sinceros. Solo compran las experiencias. Y alguien tiene que vendérselas envasadas.

Un día Bolivia descubrirá cómo nacen de la nada enormes centros de recreación, parques arqueológicos donde se representen viejas ceremonias incas y el visitante podrá sacrificar con cuchillo de goma a un actor contratado para ello, participará en batallas de emulación histórica ataviado como las huestes de Pizarro y, solo unos minutos después, cabalgar con Bolívar, el Che y Buzz Lightyear hasta la victoria y más allá. ¡Juntos y al mismo tiempo! Se crearán centros de ecoturismo que organicen larguísimas caminatas a través de los muy diferentes paisajes que ofrece la naturaleza boliviana. Triunfará el etnotraveling en el que el osado viajero pueda vivir un día entero la dulce y regalada vida del aymara que, como todos sabemos, transcurre suave en el altiplano tocando su quena de ellos para llamitas que sonrín. Se celebrará todo tipo de espectáculos folclóricos, Woodstocks andinos, bien regulados en torno a un calendario oficial de raíz lunar. Senderismo, balnearios y restaurantes elitistas con especialidades gastronómicas de coca y quinua fusionadas con la *nouvelle cuisine* vasca, casas coloniales y albergues lacustres sobre el Titicaca, espacios de diversión acuática con toboganes y olas artificiales que serán la envidia del propio océano Pacífico, excursiones de pesca en ríos todavía puros, recorridos ciclistas de aventura, cultura o solidaridad. Con el turismo empieza todo.

Y Francisco González estaría allí.

Francisco había tenido esa extraña revelación: en Bolivia todo estaba por hacer. En ciertas tierras, los verbos se conjugan siempre en futuro. A diferencia de la vieja Europa, donde todos los caminos estaban marcados de antemano, en esa tierra ajena las formas de turismo global solo habían dejado hasta ahora unas huellas superficiales. En Bolivia un hombre con valor y buena suerte podía medrar hasta conseguir el éxito empresarial que en otros lugares solo estaba reservado a los herederos, a los especuladores inmobiliarios y a los programadores informáticos. Francisco González nunca había tenido grandes dosis ni de valor ni de buena suerte, pero es que tampoco le esperaba nada a la vuelta.

Por eso anhelaba quedarse.

El futuro estaba en este otro extremo. Lejos de Almudena. Lejos de una ciudad asfixiante y un trabajo que no conseguía llenarle. Al fin y al cabo, de algún modo Francisco, como la propia Bolivia, también se estaba refundando.

Los dos sombreros del gallego codifica el viaje que realiza un español por la zona andina boliviana, travesía en la que la mentalidad extranjera, primermundista del protagonista, con su bagaje cultural occidental y su parafernalia postmoderna entran en contacto con la realidad andina. En la narración se superponen los tiempos, instancia en la que lo pretérito se inserta en lo contemporáneo, conjunción temporal que posibilita al protagonista experimentar lo fantástico de los pueblos andinos, vivir sus mitos y participar en su historia colonial. Como sus antepasados españoles, Francisco “descubre” la inmensidad del altiplano, territorio ante el cual siente la vulnerabilidad del hombre enfrentado a la naturaleza; convive con el misterio de sus tradiciones, es testigo del caleidoscopio de tristezas y alegrías de sus habitantes, así como de la hibridez cultural de sus ciudades, en las que se inscriben lo antiguo y lo moderno. La vuelta al pasado o el retorno de éste al presente tienen como propósito relatar lo sagrado y lo profano de la región, narración en la que la sátira se conjuga armoniosamente con el humor, estrategia que hace de la lectura una experiencia placentera. Así como su protagonista admira, unas veces maravillado y otras veces exhausto, un segmento de la realidad (fantástica) de Bolivia, las páginas de la novela de José Ignacio Guerrero Vara son una invitación para los lectores bolivianos para que ellos, asimismo, “descubran” y experimenten, aunque vicariamente, la historia, la diversidad cultural del occidente de la Nación y lo imponente de las tierras andinas de nuestro país.

Willy Oscar Muñoz



ISBN: 978-99974-66-55-6



9

789997466556